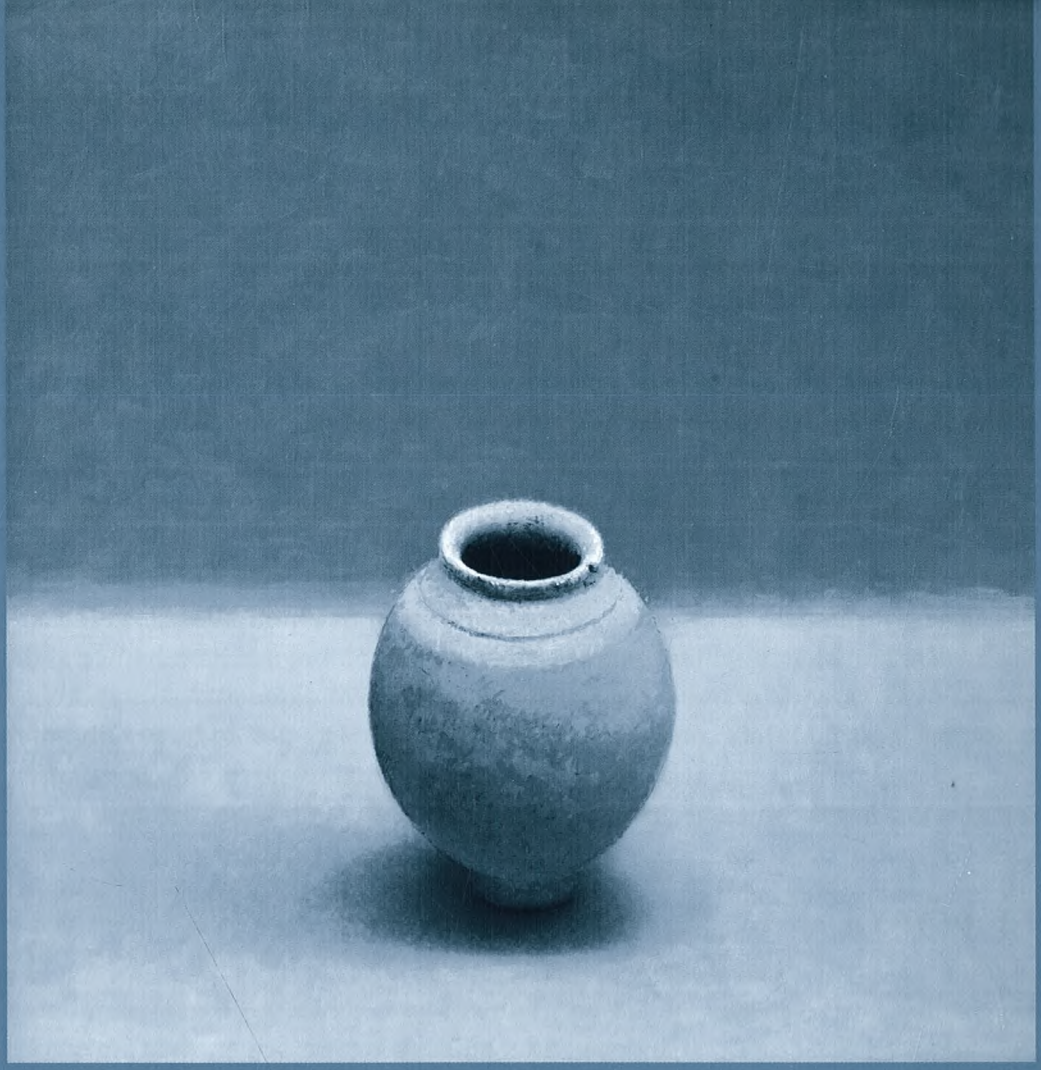


CARLOS BARRAL EN SEIS FOLIOS

Alberto Oliart

Reducir a unos pocos folios lo que he de decir de Carlos Barral, después de una amistad que empezó cuando los dos teníamos diecisiete años, duró toda su vida y vive aun en mí, ahora que tengo ochenta y uno y él murió el 19 de Diciembre de 1989, no es un trabajo fácil. Lo intentaré.

Creo que mi amistad hacia él empezó cuando, detrás de su apariencia de gesto y postura, servidas por una singular apariencia física, de seguridad y predominio, tuvo un momento de debilidad al decirme que me había mentido, que no tenía dieciocho años, que como yo tenía diecisiete. Nos acabábamos de conocer en

el patio de la vieja Universidad de Barcelona; era octubre de 1945 y empezábamos los dos la carrera de Derecho.

La amistad, entre nosotros, se enriqueció con la de Jorge Folch Rusiñol y aun más entre Carlos y yo, después de la dramática muerte de Jorge; que discutiéramos de todo lo divino y humano, Carlos para imponerme su dialéctica silogística, yo para imponerle por apasionada elocuencia mis convicciones, consolidó aún más nuestra amistad, aunque nuestras vidas siguieran caminos diferentes a partir de mi marcha de Barcelona en 1952.

La muerte de cualquier persona petrifica su recuerdo, lo inmoviliza; lo que no petrifica es el significado de su vida recreado, una y otra vez, en el recuerdo. Menos aún cuando el muerto deja, tras de sí, una obra escrita o ha hecho de su hacer y de su vida un mensaje que puede seguir vivo o que marcó un momento importante en el fluir continuo de nuestro tiempo. Las dos cosas se dan en el Carlos Barral poeta y en Carlos Barral editor. Hay una tercera: su vida como mensaje, Carlos Barral como hombre de libertad.

EL POETA

EL POETA

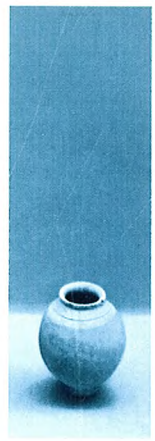
He escrito, y así lo pienso, que la decidida vocación de Carlos Barral para hacer de su poesía la razón principal de su vida, quizás tenga su origen en la amistad y continua convivencia durante tres años con Jorge Folch y conmigo, pero cuando se hace definitiva fue cuando entró en nuestro círculo, de la mano de Jaime Ferrán y Alfonso Costafreda. Alfonso Costafreda, por cómo era y cómo vivía y por ganar el Premio Boscán con *Nuestra Elegía*, se convirtió para todos nosotros en el poeta que hace de la poesía su razón de vivir, su quehacer fundamental. No cabe duda que después la amistad con Jaime Gil de Biedma, principalmente, José María Castellet, José Agustín Goytisolo y Gabriel Ferrater afianzó su vocación.

Carlos Barral, antes de ser editor quería, y quiso seguir siendo mientras vivió, poeta. No lejos de su final me dijo que a él lo que realmente le importaba era escribir poemas, y se lamentaba de que la necesidad o los trabajos que le habían ocupado tanto tiempo no le hubieran dejado emplearlo en dedicarse a escribir poesía en su "botiga" de Calafell. Calafell era el territorio utópico de su total y plena libertad. Qué claro lo dice en su poema "Hombres en el Mar": "Pero / ¿cómo corregir el recuerdo sino en este / acto de contrición / y ver el mundo, / el más íntimo mundo que conozco / sin quererme contar en su leyenda?

Y Carlos Barral fue un magnífico, inteligente poeta. Siempre he dicho que del grupo de poetas de la generación del cincuenta, que Carmen Riera llama "La Escuela de Barcelona", el más estructurado es Carlos Barral. Menos conocido que Jaime Gil de Biedma, porque aunque sea como él un poeta culto, no es un poeta fácil ni es fácil entrar en su poesía. Nunca lo fue; sus antecedentes mallarmeanos, su retórica, a menudo barroca, influencia de Bocangel y Góngora, luego de Rilke y Valéry y más tarde de Cátulo y Propercio, su conceptualismo, convierten su poesía, en la forma y en el fondo, en una poesía difícil de penetrar para el lector.

Su poesía, como su personalidad, se envuelve en palabras y construcciones que agudizan al máximo su significado preciso y no dejan, apenas, aflorar sus sentimientos. Así en "El niño observa un temporal memorable": "Remota voz de náufragos, quebrada / en el ruidoso bulto de la aguas, / en las crestas silbantes y en las cuevas / de rencor enroscado y de cercano / descomunal estrépito."

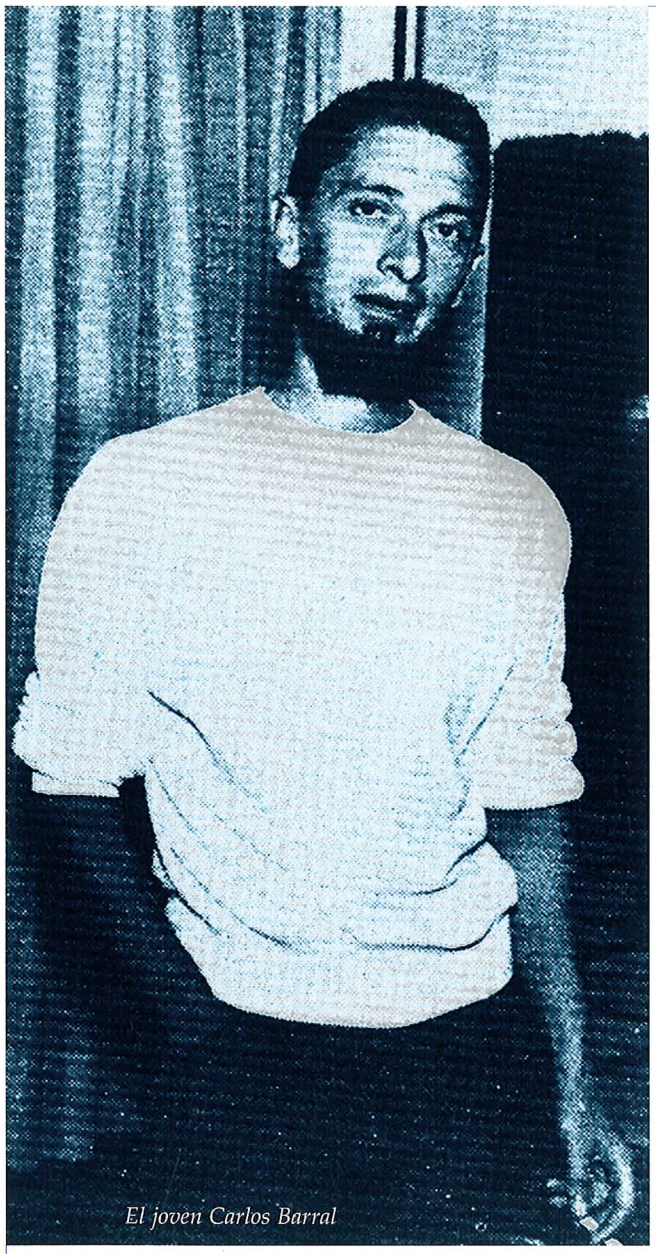
Meses antes de su muerte, herido ya, en "Arena del epitafio", escribió estos versos finales, que cuando los leí, ya él muerto, me estremecieron: "Esta orilla es estigia. Aquí se viene / a comprobar la prórroga, tal vez a asegurarnos / de no haber muerto del todo todavía / y enderezar el rumbo del olvido." Premonición dicha, como era él, precisa, inteligentemente, evitando siempre la sombra de un sentimiento o emoción, en este caso, del temor.



EL EDITOR

El Carlos Barral poeta y escritor, quedó tapado por su fama como joven editor tan pronto como empezó su aventura editorial. Primero con Joan Petit, latinista magnífico, intelectual de profundo juicio, perseguido, encarcelado, depurado y, por tanto, escondido en los recónditos despachos de la Casa Oscura, donde Carlos lo encontró. Segundo con Víctor Seix hijo, el hombre fuerte de Industrias Gráficas Seix y Barral Hermanos y de la Editorial del mismo nombre. Víctor hizo suyas, como Gerente, las ideas de Carlos, y Carlos, en cuestiones financieras y de gerencia, respetaba la preeminencia de Víctor. Esa unión y pronto un comité de lectura con José María Castellet, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, al que en seguida se añadió Gabriel Ferrater y, con funciones añadidas de organizador y ejecutor de las brillantes, acertadas y rompedoras idea de Carlos Barral, Jaime Salinas.

Dos fueron las ideas claves de inicio, traducir y editar la literatura que en la Europa de los cincuenta estaba de nuevo revitalizando la cultura y el pen-

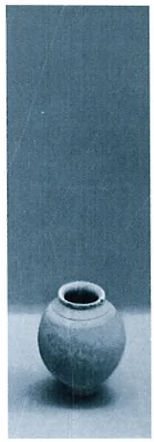


El joven Carlos Barral

samiento europeos. Casi todos los escritores franceses, italianos, alemanes, etcétera, eran de lo que llamamos "izquierdas", incluidos algunos comunistas y marxistas críticos; y descubrir y publicar a los jóvenes autores españoles, que eran, como les llamaba Juan García Hortelano, "los niños de la guerra civil". La mayoría de ellos escribían novelas realistas de denuncia de aquella sociedad española de los años cincuenta, dominada por los vencedores y beneficiados de la guerra civil. Con ellos, con la creación de la Biblioteca Breve, y el Premio anual de ese nombre para novelas en castellano, el éxito de la Editorial puede calificarse de extraordinario. Al éxito se añadió lo que se llamó el "boom" latinoamericano, que empezó al dar el primer premio Biblioteca Breve a una novela, *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa.

Todos los autores jóvenes españoles o latinoamericanos jóvenes o desconocidos, querían ser editados por la Editorial Seix y Barral, por Carlos Barral. En pocos años Barcelona se convirtió, con la Editorial "de Carlos Barral" y, enseguida, con las que se crearon o renovaron siguiendo su estela, en el centro cultural y literario de una España, que se volvía de espaldas o denunciaba a la España oficial de la dictadura. En Barcelona vivió durante años Gabriel García Márquez y algunos años Juan García Hortelano, Félix de Azua, o iba con toda la frecuencia que podía, Ángel González, entre otros muchos.

Conocido ya en Francia, Italia, Alemania e Inglaterra y toda Latinoamérica la editorial y Carlos Barral, la alarma de la censura franquista, de las autoridades de la cultura oficial del régimen e incluso de la policía, llegó al máximo cuando, con la inauguración de la Reunión de Editores europeos, Gallimard, Einaudi, Rothwold, McMillan en Formentor se creó el premio Internacional de ese nombre. Así Carlos Barral, Jaime Salinas y su grupo de lectores, consiguieron que el libro premiado se publicara, al mismo tiempo, en las lenguas y países de todos los editores, incluidos el norteamericano. El primer premio fue para *Tormenta de Verano* de Juan García Hortelano. Pero ese éxito fue visto como una amenaza por las autoridades del régimen franquista, porque ahora el joven editor tenía, detrás de sus continuos desafíos culturales, a los editores más prestigiosos de la Europa democrática; para la policía además todos aquellos "señoritos", agrupados en torno suyo, eran, no se equivocaban demasiado, "compañeros de viaje" de la bestia negra de la brigada político-social de la policía: de los comunistas.



A las fuerzas represivas del régimen franquista, se iban a unir el temor, el rechazo que las ideas de Carlos Barral suscitaban en la conservadora y tradicionalmente católica burguesía barcelonesa que se había acomodado, sin perjuicio de su catalanidad en la intimidad, a la dictadura franquista. Y así eran los miembros de la familia Seix, socios mayoritarios de la Editorial Seix y Barral Hermanos S.A.

La muerte, atropellado por un tranvía en Francfort, de Víctor Seix, y su sustitución por Antonio Comas, dio vía libre al desacuerdo ideológico, al miedo a los perjuicios que pudieran sufrir los intereses de unos, los Seix, y a la ambición y agraviado desacuerdo de Comas con Carlos Barral. Las exigencias de los socios mayoritarios suponían que o Carlos Barral se sometía a sus exigencias o había llegado el final de su extraordinaria aventura como editor; no se sometió. Pero el ejemplo de Carlos Barral y el de sus colaboradores en la lucha por la libertad de las ideas, de la literatura y de la cultura en aquella España, había prendido y era imparable: nuevas editoriales, en Barcelona o en Madrid, seguían ya la estela que ellos dejaban abierta.

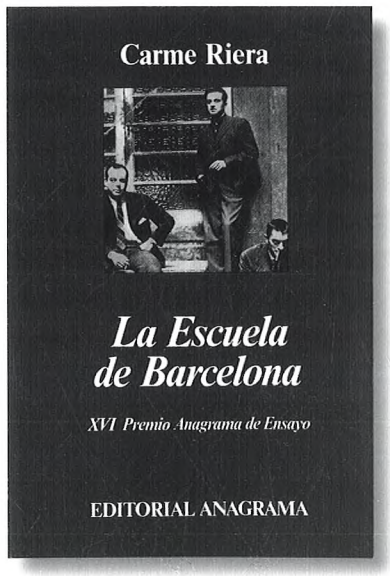
EL PERSONAJE DE HOMBRE DE LIBERTAD

Desde que lo conocí, Carlos Barral se presentaba, gesto, postura, voz, con una condescendiente seguridad. El trato desvelaba, poco a poco, que el personaje impostado defendía entonces de cualquiera, del mundo de los otros, su inseguridad, sus miedos infantiles, su temor a cómo le enjuiciarían los demás, su condición de huérfano del padre mitificado, los terrores ante las explosiones iracundas de su primo y tutor.

Superados los complejos de infancia y adolescencia, hasta donde se pueden superar, Carlos siguió vistiendo (chalecos floreados, americanas y pantalones oscuros, gorra alemana de estudiantes, bastón con puño de plata, no necesario, cuando su edad avanzó inexorable, o en playa y mar, pantalones marineros doblados hasta las rodillas, camisa desabrochada, luciendo sus collares y amuletos, pies desnudos), e impostando gesto y figura de arrogante seguridad, para seguirse protegiendo del mundo exterior de obligaciones y problemas, que podía constreñirle hasta su exasperación.

Al final personaje y persona se fundieron en uno solo. Pero a Carlos Barral, persona y personaje, que podía ser débil ante los problemas de la vida cotidiana de los que intentaba siempre evadirse, desde que de verdad se convirtió en un hombre comprometido con la libertad suya y de los demás, en un hombre de izquierdas, sus convicciones, siempre intelectualizadas, nunca negadas, pero no exhibidas, se le imponían por encima de las apariencias de su personaje. Durante el tiempo que duró la dictadura, en la que habíamos crecido y nos habíamos hecho hombres, nunca falló en ser el hombre que había superado prejuicios y convenciones sociales, ni tampoco falló a una ética, política y ciudadana, por la que, cualesquiera que fueran sus consecuencias, no dejaba de participar en actos, encierros o firmar escritos de protesta, cuando se lo pedían los que, con convicciones iguales o parecidas a las suyas, eran más jóvenes que él y con menos responsabilidades familiares. Eso sí, sin dejar de comportarse como el personaje que vestía.

Oculta y ocultada por él, la ética de intelectual comprometido con la lucha por la libertad la tenía con tanta firmeza asumida que le llevaba a superar u olvidar temores, debilidades aparentes o verdaderas, desde su primera etapa de editor admirado, aplaudido y amenazado, hasta su final de hombre debilitado, prematuramente envejecido, lleno de deudas y problemas.



Aparte de su utilizada capacidad de seducción de hombres y mujeres de todas las edades, por razones distintas, mis hijos desde pequeños admiraban y amaban a Carlos Barral, creo que el porqué de la atracción que suscitaba en los que le conocían, de joven guapo y atlético, de viejo erguido pero vencido, era también por esos valores éticos, tan firmes como ocultados, que hicieron del hombre y del personaje, del poeta, del editor, del senador del PSC-PSOE, un hombre de libertad. Ese fue su mensaje. Mensaje y obra le han sobrevivido.